

*Translated by Samantha Pascoe*

Había una vez, existía una estrella. Era la última estrella en la constelación Draco, la última de 14 estrellas grandes. A esta última estrella le encantaba mirar a la Tierra abajo. Le gustaba mirar a la gente.

Un día esa pequeña estrella vio a una niña. Tenía el pelo que parecía al sol, como el fuego que se quema en los corazones de todas las estrellas. La niña llevaba un tubo metálico grande a una colina abierta grande y lo apuntó al cielo. ¡Vaya, pensó la estrella, ella nos está mirando! Pero a la desilusión de la estrella, la niña giró su tubo metálico grande hacia el frente de su constelación. Aquellas cuatro estrellas, siempre conseguían la mayor parte de la atención.

La pequeña estrella miraba a esta niña. Pasó su tubo metálico sobre su constelación repetidas veces, dibujando a ella y sus estrellas en su mirada. Ella nunca dejó de ver al cielo. Hizo esto durante meses y la estrella comenzó a llamar a la niña Luz del sol, por su pelo.

La estrella no quiso confesar que se había enamorado de una muchacha humana, pues las demás estrellas se burlarían de él sin cesar. Pero desde que vio su Luz del sol, algo dentro de él le hizo querer brillar más brillante que jamás había hecho. Quería atraer su atención ... pero por todos los meses que la Luz del sol había desplegado su telescopio en la colina, la mayoría de su atención se enfocó en las estrellas mayores al otro extremo de la constelación. La última estrella se sintió destinada a borrarse de la memoria de la niña y volver a ser nada más que la cola de la pléyade de Draco.

Una noche, la niña salió, desplegó su telescopio e hizo algo asombroso. Apuntó su telescopio directamente a la última estrella. La última estrella vio al telescopio y al otro extremo de él vio toda la galaxia. ¿Pero ... cómo podría ser la galaxia al otro lado de ese telescopio si estaba en realidad alrededor de él? Miró tan fijamente como pudo y se dio cuenta que la galaxia parpadeó. No era la galaxia, sino los ojos de la niña. Por lo que parecía a una eternidad, la estrella y la muchacha Luz del sol se miraron fijamente el uno al otro y la estrella supo: esto era su momento.

La estrella comenzó a brillar. Brilló más que había hecho en toda su vida. Llevaba más de un año para entonces, desde la primera vez que la niña desplegó su telescopio en la colina abierta y grande con su libro de dibujos y un gastado edredón. Todo su amor por ella, aquellas largas noches cuando contemplaba su cara y su pelo hermoso, la angustia que sintió, en ese momento salía de él en la forma de caliente, ardiente luz.

La Luz del sol se apartó de su telescopio y miró a la estrella con sus propios ojos, una pequeña sonrisa dibujada en sus labios. La estrella la podría ver. Esa

sonrisa era para él. Vio sus labios formar la palabra "Draco". Le había dado el nombre que las cuatro estrellas principales generalmente llevaban. Draco, como la estrella se llamaría desde ese momento, era la estrella más feliz de todo el universo.

La niña Luz del sol jamás miró a ninguna otra estrella después de esto, sólo le miraba a él y él brillaba más fuerte cuando ella lo miraba. Comenzó a dibujarlo y a las estrellas adyacentes, pero él siempre era el enfoque. Continuó así por un año más, el año más feliz en todos los siglos de la existencia de Draco.

Entonces la Luz del sol desapareció. No se veía por ningún lado y Draco apenas tenía razón de brillar. Desapareció por diez años. En aquellos diez años Draco perdió la voluntad de siquiera mirar a la Tierra, y volvió la espalda y miró hacia el resto de la galaxia. Incluso allí la ella y sus ojos sosteniendo el Universo. Vio su sonrisa en el centelleo de las demás estrellas. Draco comenzó a perder la voluntad de seguir brillando. Se despidió a las otras estrellas en la pléyade de Draco. No le contestaron.

Draco decidió mirar a la Tierra una última vez. Cuando lo hizo ... Su luz chispó. ¡Vio a la Luz del sol! Estaba allí con su telescopio y su edredón y su libro de dibujos. Parecía más madura, pero la galaxia todavía estaba allí en sus ojos. No estaba sola. Un pequeño niño estaba de pie al lado de ella, el sol en su pelo, pero las hierbas verdes exuberantes de la Tierra en sus ojos. Sin lugar de duda, tenía que ser. Su hijo. Algo en los recovecos de la mente de Draco quería llamarle Rayo de sol, y por lo tanto, lo hizo.

La Luz del sol hizo que su hijo dirigiera al telescopio directamente a Draco y esperó. Draco, por alguna razón, quería brillar lo más que podía para el muchacho, y por tanto, lo hizo. El Rayo de sol estaba encantado, riéndose y aplaudiendo. La Luz del sol lo llevó al edredón y lo dejó allí para dibujar mientras que allí pasó su telescopio por el cielo, siempre parando sobre Draco.

Finalmente el Rayo de sol se acercó a la Luz del sol y le mostró el dibujo que acababa de terminar. Era de dos personas. La luz del sol era uno de ellos, Draco podría ver por el pelo. 'Mamá' fue escrita bajo ella. La otra persona era el Rayo de sol.

Draco quería que las estrellas pudieran llorar. Su amor por esta muchacha salía en la luz y si esto era el equivalente de llorar entonces Draco estaba de acuerdo con ello. Debajo del dibujo de Rayo de sol en la letra juvenil de un niño de cinco años, significaba el regalo más precioso que la muchacha Luz del sol podría haber dado jamás a una pequeña estrella solitaria. El nombre de su hijo era Draco.